



EL MARQUES DE LOMBAY.

1.º—INTRODUCCION.

Vivia hacia mediados del siglo XVI en la corte de nuestra España, que lo era entonces Toledo, un caballero de las principales prendas que, con ser aquella metrópoli cabeza del imperio mas justo que han conocido los hombres, y estar en señoreada por un rey quizá el mas poderoso que ha ocupado trono alguno en la tierra, con todo eso, no solo se gozaba el aprecio de los suyos, sino que era mirado por los estranos como uno de los mejores ornamentos de nuestra nobleza, entonces galana, rica y prepotente.

Tan elevada era su cuna, que contaba entre sus mas próximos ascendientes reyes y sumos pontífices, y que el monarca le llamaba no solo con cortesía, sino con placer primo y condiscípulo, porque era su comun abuelo el rey estólico, y ambas habian aprendido juntas las matemáticas; pero con todo eso, ni se jactaba de su ilustre

prosápia, ni era su ciencia lo que mas recomendaba su persona; rayaba apenas en los 29 años y una presencia gallarda y magestuosa, un continente dulce, un aire gentil, eran dotes exteriores que realizaban mas los muchos que adornaban su entendimiento y su corazon; valeroso sin arrogancia, discreto sin vanagloria, y tan francamente piadoso, que á veces era objeto de risa entre sus colegas.

Una sola pasión pudo deslizarse en su pecho entre el ascetismo religioso y el respeto cortesano, una sola, aquella que penetra igualmente en el palacio del monarca que en la celda del anacoreta. El amor, y aun este entró tan de callado y con tan honestas formas en el pecho del marques, que ni el mismo pudo aperebirse á combatirlo. Empero como los espíritus elevados no pueden dirigir sus miras sino á objetos elevados tambien, he aquí que nuestro héroe puso sin advertirlo los suyos en la mas completa dama de toda la corte, en la propia reina.

Tenia lugar de contemplada á menudo porque des-

empeñaba uno de los principales empleos de su servicio, y ni la veía ni la hablaba vez alguna que no ponderase en su interior la virtud y el talento de su señora. «Es la mas cristiana de todas las reinas,» decía para sí, y cuando su lengua repetía *es la mas cristiana*, su corazón entendía *es la mas hermosa*. Algunas veces á pasar de que no era inclinado á la adulación, ponderaba tanto á su ama el respeto y la gratitud que la profesaba, que otra menos honesta y pura que la reina, hubiera entendido por amor lo que su caballero llamaba agradecimiento.

En alguna ocasion se lamentaba de que la suerte hubiese colocado tan alta á la bella *Isabel*, que solo la corona de un emperador hubiese sido precio conveniente de su mano, y en otras aun le parecia la diadema corto premio á la virtud de su dueño, y deseaba que la distancia que los separaba fuese todavía mayor, para que su afecto, que él llamaba siempre respeto, se asemejase mas á una purísima adoracion, colocado ya el ídolo en una altura inaccesible para el adorador.

II.—La caza.

Rebosaba á la sazón en júbilo y cortesanos festines la capital de los dos mundos, porque el emperador había convocado á ella las Cortes del reino: torneos y justas, y banquetes y fuegos artificiales, celebraban aquel acontecimiento, y la corte, que aventajaba entonces á todas en poder, parece que las quería tambien esceder en lujo y en placeres.

Tuvo de los que mas agradaban á la emperatriz Isabel era la montería, y por eso las batidas se repetían á menudo. En una de ellas, que tuvo lugar en una de las últimas y mas bellas semanas de abril de 1539, se quedaron un breve espacio solos, y perdidos entre un bosque de nogales, S. M. y el marqués, que como ballestero mayor, no la desamparaba un momento. Cabalgaba este el mismo alazan con que el día antes había vencido en el torneo, y llevaba una rosa filigranada delicadamente en Salamanca del primer ovo que Hernán-Cortés había enviado de la conquista de Nueva-España; objeto raro y precioso que había servido de galardón al vencedor del palenque, y que, tenía para el marqués doble valor por haberlo colocado en su pecho la mano delicada de su señora diciéndole: «que sea para vos de tanta honra como vos lo sois para España.»

Viendo Isabel que su primer caballero no había aun disparado una sola vez la ballesta que llevaba en la mano, se volvió á él, y con gentil donaire le dijo: «Estrañame mucho, *Lombay*, que siendo vos tan valeroso como lo acredita esa rosa que llevais al pecho, gustéis mas de la caza dealcones que de la montería. —Me place, señora, en la cetrería, admirar el poder del hombre que consigue hacer sus esclavas las criaturas que Dios hizo libres, y sujetar á su voz las aves del cielo. —Y aun con todo ese poder, amigo mio, que se estende á amañar, y encadenar á cuanto vive alrededor de nosotros, y aun á aquellos seres que se levantan hasta el firmamento, la pobre razón humana ni alcanza jamás á estudiarse á sí propia, ni á dominar el corazón que late dentro de nuestro pecho. —Esas meditaciones son las que mas gozo me dan, señora, porque, como bien sabe V. M. soy como cristiano, un tanto inclinada á la contemplacion, y como músico no poco afecto á la poesia; y muchas veces allá en mis corderías, comparo las aves sencillas é indiscretas con nuestros deseos, porque vagan como ellos libres é independientes, y como ellos independientes se remontan tal vez donde los esperan losalcones, que son semejantes á las pasiones del alma, que luego esclavizan las voluntades y dan tormento y muerte á nuestro alvedrío; pero permitidme, señora, que yo á mi vez estrañe que un corazón tierno y sencilla como el de V. M., guste del ejercicio en que ahora nos ocupamos, y

pueda sin remordimiento dar la muerte á pobres bestiazuelas que ningún mal la han causado. —Y decidme, marques, vos que habeis militado con valor en Italia, vos que luego en Francia en la toma de Frexus, vengasteis valerosamente la muerte de vuestro amigo Garcilaso, que espiró en vuestros brazos, ¿Qué os parece mas difícil, odiar á un enemigo que jamás habeis visto con amor, ó dejar de amar indiscretamente á quien tratamos de continuo con estimacion.....?»

El marqués calló, cruzó los brazos sobre el pecho mas para buscar el modo de no entender aquella pregunta, que para comprender lo que veía claro en ella. La emperatriz le dijo poco despues. —Decidme, mi contemplativo caballero, si os sucediera como á un montero de una de mis parientas las princesas de Ungría, que disparando inadvertidamente su ballesta, en vez de atravesar una cierva, dió muerte á su señora, ¿qué hariais vos? —Antes me ha reconvenido V. M. porque no he descargado la mia, y ya veis que seria indiscreto en mí, pensar en el remedio de males que de todo punto procura evitar. —Poco suponed que así no fuese, decidme ¿qué partido tomariais? —Señora soy demasiado temeroso de Dios para precipitarme en un abismo como aquel hizo, pero soy tambien demasiado amante de mi reina, para no hacer que cayese la cuchilla del verdugo sobre mi cabeza. Pero si V. M. me lo permitiera, yo me atrevería á dirigirla la misma pregunta. —*Lombay*, yo fio en mi acierto, lo que vos en vuestra prudencia; jamás (estoy segura por muy repetidas experiencias), jamás mis tiros liereu donde no se han dirigido mis miras. —¿Y si á pesar de todo, vuestro tiro os lierese traicion sin vos conocerlo? respondió precipitadamente el marqués. —En este caso la púrpura imperial no me resguardaría mas á mí que á vos los armijos ducales; creed que la justicia es como el amor, que no respetan á nadie.

El emperador que buscaba á su esposa, llegó en el mismo momento, y el marqués por primera vez en su vida miró á su soberano con disgusto y á su corazón con vergüenza.

III.—El oratorio.

Vuelto á la ciudad aquella noche, el mal parado caballero se retiró como siempre á su oratorio; arrodilláse segun su costumbre en un reclinatorio que había heredado del papa Alejandro VI, y como lo usaba tambien abrió un devocionario primorosamente miniado que habían escrito para su antepasada Calisto III los monjes de Valdigna; pero su alma no se prestó esta vez á sus piadosos arrobamientos, una y otra pasaba la vista sobre las páginas del devoto libro, y no entendía sus frases: *Isabel* hallaba escrita en todas ellas, *Isabel* le repetían los oídos por todas partes, y el recinto estrecho de su aposento, y la humilde postura de su persona no bastaban á hacerle olvidar el bosque y el alazan de por la mañana.

—¿Qué inquietud y desasosiego es este, (se preguntaba á sí mismo) que con tal violencia hace latir mi corazón, que con tal peso abruma mi frente, que con tal fuego hace correr en las venas la inflamada sangre mia? ¿qué siglo es este que así ha pasado sobre mí en un solo día? ¿qué palabras eran aquellas que se escapaban esta mañana de mi boca, tan sin parte mia, en la presencia de Isabel, como sin voluntad del arcabuz se desprende la bala cuando la mecha se la acerca? Y aquellas dulcísimas y oscuras comparaciones de la reina, se dirigian á alentar mi timidez, ó á reprimir mi temeridad?..... ¡Isabel!... ¡O Dios mio! ¿Qué niña tiene este nombre que cual un velo cubrenza mi vista? —Y como si procurara en efecto descubrirlo, pasaba violentamente la mano por su encendido rostro, y abriendo maquinalmente el libro que tenía delante por otro lugar, procuró convertir á él toda su atencion y leyó claramente:

«En mi lecho por las noches busco al que ama mi alma, le busco y no le hallo.»

«Porque cuando yo duermo, mi corazón vela, y la voz de mi amada le despierta.»

«Levántate, apresúrate, amiga mía, paloma mía, hermosa mía y ven.»

«Ven, que tu eres para mí, como la paloma del desierto para el peregrino, y como el lirio entre espinas eres tú, ¡oh reina! entre las hijas de los hombres.»

«Ven y haremos juntos al bosque de los nogales, allí pondrás tu izquierda bajo mi cabeza, y con la diestra me acariciarás.»

«Me pondrás como sello sobre tu corazón, porque el amor es duro como la muerte.»

«Haye amado mío, y aseméjate á la corza y á los cervatillos sobre los montes de los aromas.»

«Porque hay una pasión que es oscura é incomprendible como el infierno, y la luz de sus lámparas es luz de fuego y de llamas.»

—Dios mío ¡qué profanación! clamó entonces el infeliz, y se arrojó para huir de aquella leyenda en el sillón que tenía detrás; ¡qué blasfemia! ¡yo dirijo á un objeto mundano las santas palabras de los libros sagrados! porque ¡ay! ¿no es una persona mortal la que está fija en mi mente? ¿qué persona? ¡santos cielos! la esposa de mi mejor amigo, de mi protector, de mi señor, de mi rey! Huyamos, sí, huyamos para siempre de un escollo en que mi virtud puede estrellarse.... pero y esta huida no pudiera turbar la paz de mi familia? inquietar el ánimo de mi esposa? Sembrar sospechas en la mente del emperador? Empañar quizá el honor de la reina? Ciertamente; y por evitar un mal dudoso para mí; ¿por qué he de causar yo daños ciertos á personas extrañas y venerables? ¿Ni qué motivos puedo yo tener para pensar lo que pienso? No hay duda, esto no es mas que un raptó de orgullo culpable. No; amor no es este, porque yo amo tiernamente á Doña Leonor, y jamás he experimentado por ella tan fuertes sensaciones, ni aun en el día que la recibí de la mano de Isabel, y en que yo le di la mia en la capilla Real de Madrid; ¡pero ay! no hice yo aquel sacrificio, mas atento á evitar males á mi padre, que á procurarme bienes? ¿Y qué fin pudo tener la reina en alzar con tal empeño esa barrera nueva, y en unirme al mismo tiempo á su dama mas querida, á su confidenta mas íntima.... será que.... ¡ah! no.... Vanidad es esta, lo repito, inspirada ciertamente por el maligno espíritu á quien conviene combatir frente á frente: quedémonos pues, y en verdad, aun en el caso que fuese amor, ¿cuánto mas meritario será resistir á la presencia del objeto que lo provoca? ¿No lo he ocultado aun hasta de mi mismo? ¿pues por qué no he de poder recastarlo en adelante de Isabel? Ofreceré de continuo á Dios costosos actos de mortificación sin culpa alguna, porque no la hay en amar con pureza lo que todo el mundo admira; y tachar de criminal á un joven, porque se inclina á la hermosura, sería acusar á la aguja de marear porque sigue al imán, y al eliotropo, porque va en pos del astro del día. Y si en esta hubiese algun mal, ¿tantos años no quedan para espalarlo? ¿me los negará á mí la divina misericordia, cuando mi tía la duquesa de Ferrara, inocentosa, adúltera y fratricida, pudo aun llorar largamente en el claustro crímenes tan hediondos?

—Señor, gritó entonces Doña Leonor desde fuera.—Señora que se ofrece? contestó el marqués con un tono áspero que jamás había usado.—Dios piedad, que la vida de S. M. está en peligro.—¿que decís? acaso el emperador... exclamó corriendo á abrir la puerta el caballero.—(Se llama con premura, su augusta esposa ha sido acometida de una fiebre violenta, y apenas la dan esperanzas de vida los médicos.—) Miserable de mí, gritó el de Lombay poniéndose ambas manos en el rostro, como si temiese que alguna señal apareciese en él de la criminal esperanza que le

había acometido en el primer instante, y partió al palacio de los condes de Fuensalida donde vivían los reyes.

IV.—El emperador.

—Todo ha sido inútil, mi querido Lombay, el llanto de mis vasallos no ha bastado á contener la ira de Dios que hiere á los poderosos cuando estan mas engraidos y desvariados en locas regocijos, y en el banquete del mundo coloca siempre el acibar de los dolores al lado de la miel de los placeres! Quien viera pocos días ha á la imperial Toledo resplandeciente y engalanada como una rica-fembra en día de bodas ¿cómo la conocería hoy así entutada y huérfana....? Bien que inútiles, me sirven sin embargo de gran consuelo las muestras de dolor de mis pueblos, y el vivo interés que han mostrado por la vida de mi esposa los cuatro días que ha durado la enfermedad; los templos no se han visto libres de gentes, ni las calles y plazas desamparadas de numerosas rogativas de disciplinantes que con lágrimas y gemidos pedían á Dios la salud de su reina; mis grandes todos han abandonado los arúses y ricas galas que poco ha lucían, para vestirse la túnica penitente y el humilde sayal; ni es poco, primo, lo que á tí te debo si es cierto que eras tu, uno que se distinguía entre todos por el peso enorme de la cruz que llevaba á cuestas.... Dices que era el que cubría con mas cuidado su rostro con el antifaz, y bajo lo toscó de su cilicio nadie le hubiera conocido si la delicada pequeñez de sus ensangrentados y desnudos pies, no hubiera desertado en él al caballero mayor de la reina, al mejor amigo del emperador....—Y ponía blaudamente la mano en el hombro del silencioso marqués.—Ojala, Señor, que las penitencias que yo haga por la salud de los demas, alcancen á conseguir el perdón para mí...!—Vamos, Lombay, que no es cosa razonable que yo haya de distraerte y consolarte... (Hablenos de otra cosa.) Mucho te agradezco el que llevando á tu esposa contigo condesciendas en dejar á tus hijos aqui; el príncipe D. Felipe tiene particular inclinación á D. Carlos el mayor de ellos, y los juegos de ambos contribuirán á aliviarme algun tanto y distraerme en el monasterio de la Sista donde pienso retirarme; ya que la etiqueta de palacio me priva en este caso de mi mayor amigo.—V. M. me llama por un dictado que no merezco.—¿Ni á quien mejor que á tí pudiera encomendar la custodia de una alhaja que he perdido para siempre, y que ya polvo volverá en breve á la tierra de que salió?—V. M. pudiera encontrar servidores mas....—Vamos, á Dios, que ya es sobrada humildad la tuya... que lleses buen viaje.—El marqués besó entónces la mano del emperador para despedirse.—Levántate y abrázame, mi buen condiscípulo, le dijo este; observando que estaba sobrado tiempo de rodillas.—No me alzaré, Señor, mientras V. M. no me perdone.—¿Y de qué? Marqués, contestó algo enojado el rey, y luego continuó: ea levanta que ya estás perdonado ¿estos devotos! ¿qué mas preparativos tomarás ni que mas hiciéras si en vez de ir á Granada, te llamase mi servicio como á Julian de Alderete mi tesoro á las tierras de Méjico...? Un llanto común y un abrazo caritósísimo fue la última señal de la marcha.

V.—Lombay.

—Que mañana al amanecer, la campana de la vela en este alcazar haga la señal del regio funeral; y tres horas despues y apenas salga del Alhambra el primer gaitan del entierro, los moquetes y arcabuces hagan salva como si fuera el día de mayor pompa; los cuatro maderos de la ciudad abran el paso con sus pértigas entutadas, y que los músicos y atabales que los sigan suenen raneos y destemplados; que los jurados y regidores de ella vayan de duelo y montados en caballos destrozados y sin jaezes; cien pobres con ropones negros y círcos amarillos en las manos

vegan despues, y tras ellos cien plañideras cubiertas con mantos de velarte; los estandartes y guiones sean los mejores y mas ricos, aunque tambien negros, y las cruces de plata con lazos de aquel color; los frailes no lleven la capucha alzada ni las velas ardiendo, y los clérigos traigan sus sobrepellices no rizadas; los prestes celebren y vayan aquel día con ornamentos negros de velludo, y solo el arzobispo y sus diáconos con terno de brocado de oro; los canónigos lleven las capas de coro sueltas, los capuces calados y las estolas de damasco sobre el roquete; detras del R. arzobispo LA REINA mi señora sea llevada en caja cubierta de reposteros negros por seis donceles de su corte con las armas imperiales bordadas de oro, y otros seis hidalgos de la ciudad vestidos todos de gala; yo como su caballero mayor cabalgaré á su lado para su mejor servicio, y los monteros la guardarán ordenadas alrededor y armados de punta en blanco; sirvanlas sus damas y dueñas ataviadas y prendidas como de boda; luego sigan los maestros de sala con las insignias reales de oro y piedras preciosas en azafates y esgines de duelo bien recamados y á continuación veinte y cuatro pages descubiertos y con lazos negros en el brazo; vayan en pos á caballo los reyes de armas con sus pendones abatidos y ricas dalmáticas; los hidalgos de la ciudad vestidos de gala, los caballeros de las órdenes que en ella haya, con armaduras y hábitos, y los gentiles hombres engalanados ricamente y con banda negra al pecho, todas sobre monturas de oro y plata y con penachos negros; llevará el duelo á nombre del emperador nuestro señor, el virrey de este reino, y sus caballos y otros doce bridones mas que traerán los escuderos del desiro, enjaezados todos como en un tufio, irán desangrandose; y cerrarán la marcha los tercios y gente de armas que como dispuestos á funcion marcial y sonando las trompetas, darán guardia al real cadáver; las puertas de la ciudad y de las casas estarian cerradas; bolandas las celosias de las miradores y silenciosas las campanas hasta que S. M. sea descubierta en la catedral, y cierto ya todos de su muerte, podamos dar libre rienda á nuestro justo dolor.—

Tales eran las órdenes que el marqués de Lombay daba y tales las ceremonias que al siguiente día se practicaron en Granada. El desgraciado no podia sin embargo creer lo mismo que veia, y al hacer los preparativos fúnebres, se figuraba que aparejaba algun torneo ó montería, porque siempre tenia presente á su señora en aquel mismo traje en que pocos dias antes la habia visto por última vez, y no se la podia figurar de otro modo que con aquel ademan hermo y risueño con que le hablabá del triste caso de su pariente de Hungría.

La conitiva salió, pues, de la Alhambra, y el marqués ricamente adornado con la mejor armadura que tenia, y con el manto de la orden de Santiago de que era comendador, sobre los hombros, creia al montar su alazán que iba á entrar en justas para ganar nuevamente la rosa de oro. Muchas veces en el espacio que media desde las puertas del alcazar hasta las de la iglesia levantó la voz al lado de la reina diciendo: *S. M. quiere se camine mas despacio*, y siempre lo hizo con igual alegría que si lo hubiera oido de la boca de la misma emperatriz. Las bellas de Granada que presenciaban curiosas la pompa funeral en las calles, admiraban la compostura y desembarazo del caballero, y los servidores de la reina que asistían llorosos á aquel acto estruaban la serenidad de su gefe, si bien lo pálido de su semblante y lo desenfajado de sus ojos, les hacia conuer la enagenacion mental del caballero.

llegó la procesion á la ciudad, y apenas hubo entrado en ella el arzobispo con toda la gente que lo precedia, se cerró detras de él la puerta que hoy se llama de las *Virgenas* en la calle de los Gomeres, y los reyes de armas llamaron por tres veces en el umbral con las listas de sus pendoncillos; tres veces preguntaron desde dentro quien llamaba, y otras tantas tambien gritó sereno el caballero: *su... No sé á lo que va.*

Delante ya de la iglesia metropolitana, se apeó la conitiva, y colocada que fue el féreto en la capilla mayor y abierta junto á el la sepultura al lado del enterramiento de los reyes católicos, el prelado levantó la voz y dijo por tres veces *¿dónde está S. M.? mostrádmela*,—y los gentiles hombres abrieron la puertecilla del ataúd, y no pudieron resistir la fetidez; acrecese entonces Lombay al sitio que ellos abandonaron; el semblante se le encendió, los ojos casi se le saltaban, y sus facciones se le inmutaron de tal suerte que dió bien á entender la sensacion que tan terrible espectáculo le causaba, y con una voz ronca y terrible como si quisiera penetrar hasta el abismo y ser oido desde la eternidad, gritó tres veces *¡señora! ¡señora! ¡señora!*—y luego rompiendo en llanto añadió con acento débil y desmayado: *La reina ha muerto*.—El arzobispo, continuando la ceremonia dijo: Jurados de Granada sedme testigos de lo que vais á oír, y vosotros (y entonces leyó una lista de doce caballeros de la corte) juradme por la cruz en que murió Cristo Señor nuestro, que este es el real cadáver de Doña Isabel de Portugal, reina de Castilla y de Leon, emperatriz de Alemania, y esposa del magnifico, poderoso y católico rey D. Carlos nuestro señor.

Dudaron algun tanto los caballeros, pero luego poniendo todos menos Lombay las manos en la guarnicion de las espadas digieron—*si juramos*.—Y vos no jurais señor? dijo el arzobispo acercándose al marqués.—Id, le respondió este, á que se estienda el testimonio de lo que se ha hecho, y que mis compañeros lo firmen, mientras mis ojos se cercioran de lo que no quieren creer.—

—Es posible, decia cuando se quedó solo, (porque la pestilencia hizo huir á todos) que sea esta la misma, aquella Isabel antes tan cortejada, ahora tan abandonada; aquella reina tan alabada del mundo entero, ahora casi negada de los suyos? Pero que marcha? ¿dónde está, donde, aquella belleza que la hacia el ornato de la corte? trocada ahora en un objeto horroroso y pestilente; aquellos ojos que con un solo movimiento esclavizaban todos los corazones, ya vidriosos y hundidos; aquella voz que mandaba desde donde nace el sol hasta donde se apaga, aquí muda,.... aquel conjunto de gracias hecho ahora monton de podredumbre y pasto de viles gusanos: Juventud, magestad, talento, hermosura, poder, virtud, todo reducido á polvo mas miserable y nauseabundo que la inmundicia misma! ¿este era el objeto de mis deseos? y en esta fundaba yo mis esperanzas seguras de una larga vida,.... ¡ay! si cuando yo razonaba tan locamente, la muerte hubiese necesitado de una victima menos elevada! ¿quién sabe quantas gotas caben en el vaso de nuestros delitos, y si una mas llenará su medida y la derramará sobre nuestra cabeza!.... Tal vez la hora de la eternidad ha sonado para ti, desventurada, concebido apenas el primer pensamiento criminal....

—Volvieron entonces el arzobispo y los caballeros, y tocando aquel en el hombro al caballero mayor que aun permanecía insensible á la fetidez que despedia el cadáver, y tan inmóvil como si su corazon se apacentase en aquel espantoso espectáculo, le preguntó.—¿Reconocéis por fin á vuestra ama?—*Si*, respondió el marqués, y con los ojos vueltos al cielo, poniendo la diestra sobre la cruz que llevaba al pecho, al mismo tiempo que con la sinistra dejaba caer para siempre, sobre el objeto de su amor el velo mortuario, añadió: *pero yo os juro que no serviré mas á dueño que se me pueda morir*.

VI.—Conclusion.

Algunos años despues, en el pontificado de Clemente X. se celebraba en Roma la canonizacion del P. *Rodrigo de Burja* primer Marqués de Lombay, cuarto Duque de Gandía, grande de España, caballero mayor del Emperador Carlos V, su virrey y capitán general en Ustulón y tercer prefecto general de la compañía de Jesus.

Su cuerpo yace en esta corte en la iglesia de S. Felipe de Neri.

El joven duque de Osuna lleva su título, y es su descendiente.

R. de T.

NATACION.

El cuerpo humano cuando se halla en el estado ordinario de salud, y con el pecho henchido de aire, es mas ligero que el agua.

Si esta verdad oportuna fuese mas generalmente conocida, impediria que se ahogasen un número de personas considerable.

El cuerpo nada naturalmente con la mitad de la cabeza fuera del agua, y no tiene otra propension à hundirse que la que pudiera tener un poco de madera. Lo único que debe hacer para vivir y respirar, es dominar lo suficiente su voluntad para que la parte que permanezca fuera del agua, sea su rostro.

La mayor parte de cuantos se ahogan en casos ordinarios, es:

1.º Porque creen necesario un movimiento continuo para no irse à fondo, lo que generalmente les conduce à estenderse como para nadar, posicion en la cual el rostro mira hacia abajo, y por lo mismo es indispensable para respirar, que toda la cabeza quede descubierta. Pero como en esta posicion no se puede permanecer sin un movimiento continuo, no tardan en agotar sus fuerzas, por buen nadador que sea, hasta que sus inútiles esfuerzos le proporcionan apenas alguna respiracion. El cuerpo que por un esfuerzo se eleva un momento sobre el nivel natural, se hunde en igual grado cuando cesa aquel impul-

so; el nadador inesperto creyendo entonces que se vá à fondo, pierde el sentido y viene à ser mas fácilmente victima de su suerte desgraciada.

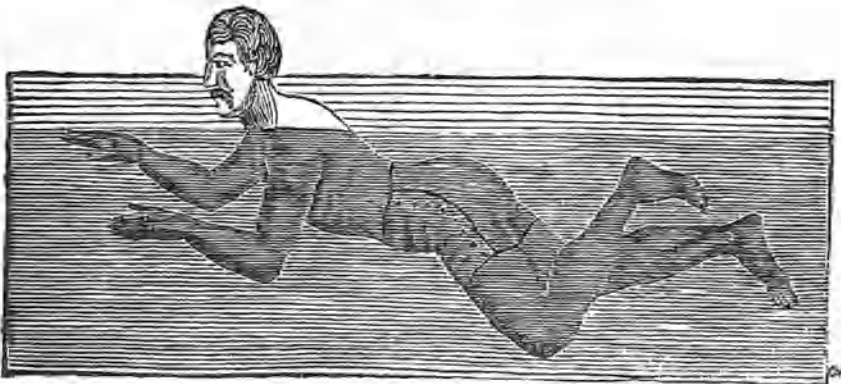
2.º Porque temiendo el agua que entra por los oidos como si entrase por la boca ó narices, agotan sin necesidad sus fuerzas para impedirlo; y el hecho es que solo puede penetrar hasta la membrana del tímpano, y ningún daño puede hacer. Al que sabe nadar ó sumergirse, le importa poco que se llenen de agua sus oidos.

3.º Porque cuando los que no saben nadar se ven en riesgo de ahogarse, se esfuerzan por lo comun para conservar las manos sobre la superficie del agua, creyendo que las tienen como atadas, si estan debajo de ella; pero esta tentativa es muy nociva, porque toda la porcion del cuerpo que entonces está fuera del agua, juntamente con el rostro que por necesidad debe de estarlo, requiere para sostenerse de este modo un esfuerzo extraordinario que no se halla en estado de hacer.

4.º Porque no se reflexiona que cuando un madero ó un cuerpo humano fluctúan en una posicion perpendicular, no conservando sino una pequeña parte sobre la superficie, en el agua agitada, como en el mar, toda ola que pasa, cubre por un momento la cabeza, pero la deja libre por intervalos. El diestro nadador elige este momento para respirar.

5.º Porque no se conoce la importancia de tener el pecho tan lleno de aire cuanto sea posible, lo que viene à producir un efecto igual al de una vejiga llena de aire, que atada al cuello y sin mas esfuerzo, basta para conservar cuasi toda la cabeza sobre el agua. Una vez vacío el pecho, si el rostro está debajo del agua, no puede respirar; el cuerpo entonces específicamente mas pesado que el agua se vá à fondo.

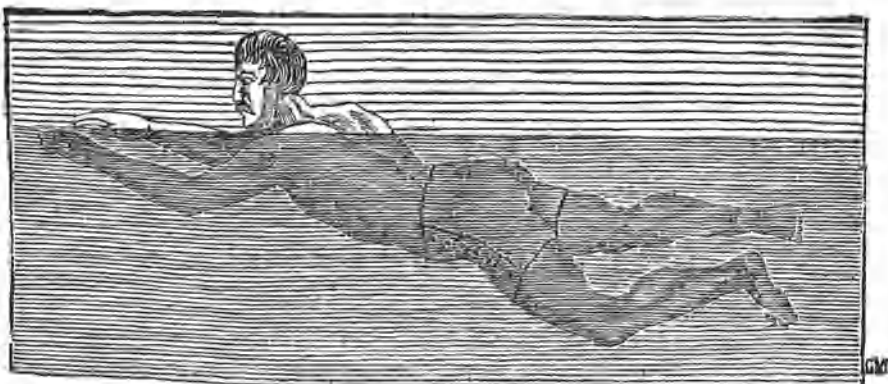
METODOS MAS SENCILLOS DE NADAR.



Nadar como el perro.

Este método de natacion es el primero que suele emplearse, sin duda porque es mas conforme à nuestros movimientos naturales. Basta imitar la accion que se ve ejecutar al perro; esto es, levantar y bajar alternativamente las manos y pies, observando siempre la regla de que las

manos deben atraer el agua hacia sí, y los pies por el contrario deben repelerla. Es preciso empezar con la mano y pie derechos, luego se seguirá con la mano y pie izquierdos, y se proseguirá de este modo. Conviene apartar los dedos de la mano, y aproximarla un poco al pecho doblando el codo.



Nadar como la rana.

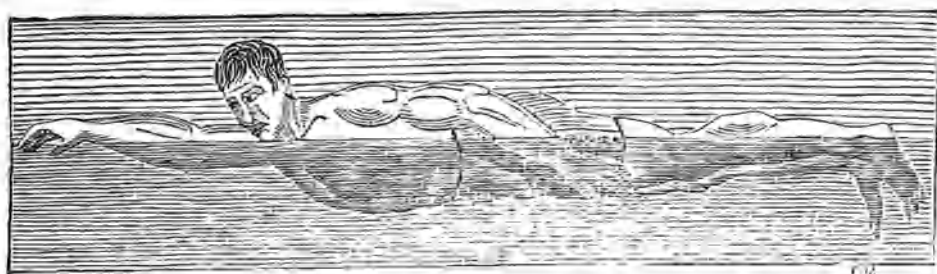
Para nadar como rana, los brazos deben estar dobla-

dos, las manos bien tendidas vuelta la palma hacia el fondo del agua, unidas la una à la otra, de suerte que los

dos pulgares se toquen exactamente. Los codos deben estar al nivel de la espalda, y las manos al nivel del codo, debiendo estas además tocar el cuerpo de suerte que las manos formen en el exterior con sus respectivos antebrazos un ángulo entrante como de unos 140 grados. En esta posición el nadador se estenderá sobre el vientre, cuidando de aproximar sus talones en términos que estén en contacto; retira una de otra sus rodillas todo lo mas que le sea posible y con la planta de los pies sacudirá vigorosamente el agua que esté en su dirección: no olvidando sobre todo que estos movimientos deben ser momentáneos; es decir, como si un mismo resorte impeliese á la vez manos y pies; piernas y brazos, todos estos miembros se desplegarán en el instante, las manos se adelantarán conservando siempre la altura de las espaldas, y no se separarán sino cuando los brazos se hayan estendido en toda su longitud. Este ímpetu del que todos los miembros deben haber participado habrá hecho adelantar el cuerpo en proporción á la prontitud con que se ha ejecutado; no debe volverse á la primera posición, esto es, á doblar los miembros interin dare el movimiento, aunque la causa que le produjo haya

cesado. Así que para mudar de postura debe esperarse á que haya cuasi concluido, lo que se conocerá por el aumento de peso que hará tomar mayor profundidad; entonces se colocará de nuevo en la posición arriba expresada y ejecutará el mismo movimiento. Pero si se quiere hacer de una manera mas rápida se verificará la maniobra de este modo.

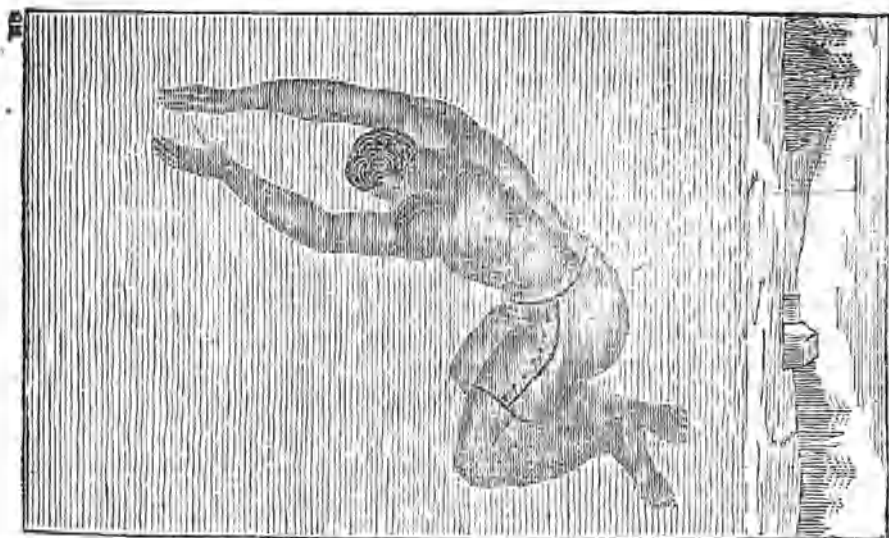
Se retirará con lentitud las manos una de otra, cuidando de conservar los brazos bien estendidos, y cuando entre aquellas medie una distancia como de dos pies y medio se inclinarán de forma que el costado del dedo pequeño de cada una esté un poco mas elevado que el costado del pulgar; contiúese entonces con mayor vigor el movimiento y se logrará avanzar. No por esto las manos habrán dejado de estar al nivel de las espaldas; pero cuando se hallen diametralmente opuestas entre si, será necesario que la estremidad del brazo penetre mas adelante en el agua, al paso que se aumente la porción del círculo que aquellas describen. El movimiento aqui debe ser rápido, pues solo á beneficio de la resistencia que el agua opone á las palmas de las manos es como se consigue adelantar.



El corte del agua.

Terminado el nadador sobre su vientre lanzará hácia adelante su brazo derecho estendiéndole en toda su longitud. Doblará la primera falange de los dedos á fin de dar á la mano una forma cóncava; impelerá el agua vigorosamente con la planta de los pies, y al mismo tiempo que ejecute con el brazo izquierdo el movimiento del derecho, atraerá el agua hácia sí con la mano derecha haciéndola pasar á la

longitud del pecho. En seguida se adelantará el brazo derecho con velocidad, y la mano izquierda retirándose súbitamente al pecho le hará avanzar á favor de la resistencia que necesariamente opone la masa de agua que atrae, y del movimiento de los pies que se ejecutará simultáneamente. Los oídos se hallarán un momento en el agua, pero su misma posición y el movimiento impedirán que penetre.



Nadar por debajo del agua, ó sumergirse.

Si el ejercicio de la natación sirviese solo de recreo, y aun si solo fuese necesario para la conservación de la salud no seria indispensable el saber nadar bajo del agua; pero como el objeto que debe principalmente proponerse es el de poder en su caso salvar la vida ó la de sus semejantes, es preciso contraer de antemano la costumbre de arrojarse al agua, de introducirse en ella con serenidad y despejo. Para aprender á sumergirse habrá de elegirse un sitio en que

solo llegue el agua á las rodillas; allí se sentará el nadador y tendrá los brazos hácia otra persona que estará de pie en frente con él con las piernas separadas á fin de dejar á las de aquel, que estarán unidas, la facilidad de volcarse entre las suyas; esta misma persona tendrá asidos los paños del nadador interin este va inclinándose hácia atrás. Cuando el agua cubra su rostro ella misma le advertirá la necesidad de cerrar los ojos mientras estan debajo para volverlos á abrir al salir al aire á fin de impedir

que las pestañas se introduzcan entre el párpado y el ojo. Esto bastará para acostumbrar á un principiante.

Para nadar entre dos aguas estando sumergido basta tomar una posición horizontal y nadar como la rana, cual si se estuviere sobre el agua.

Modo de sacorrer á una que se ahoga.

Cualquiera que sea el interés que se tome en distraer á uno de la muerte cruel que le espera bajo del agua, guardaos bien de aproximaros de suerte que pueda asiros por los brazos, piernas ó cualquiera otra parte del cuerpo; entonces por hábil, diestro y vigoroso nadador que fuereis, sucumbiréis con él. Ocultaos sobre todo á sus miradas cuanto os sea posible. Antes de asirle examinad sus movimientos, pasad por detrás y aprovechad el momento en que podáis agarrarle por bajo de los sobacos, y nadaudo vigorosamente con los pies hacerle remontar sobre el agua y ganar la mas próxima rivera. Si os hallais seguro de que ha perdido el sentido, entonces podéis sin riesgo asirle de los cabellos y sacarle de este modo de las aguas.

RIQUEZA ESPAÑOLA.

GANADOS.

La cría de ganados, fundamento de la riqueza agraria según los antiguos, y una de las primeras condiciones para la prosperidad de la agricultura según los modernos, es uno de los ramos mas descuidados en nuestra nación al paso que atendido con esmero, pudiera por sí solo elevarla á un estado prodigioso de prosperidad.

El primer elemento para su progreso es el cultivo de prados ó pastos mirado con tanta incuria por nuestros labradores, y reconocido en el extranjero como uno de los principales ramos de la riqueza pública. «Sin medios de mantener los animales de labor y los ganados, como observaba Quinto (1), no hay que esperar prosperidad en la agricultura, pues ni las tierras se podrán cultivar sin aquellos, ni privadas de los abonos que estos producen, responderian á los demás cuidados del labrador.» Tan persuadidos estamos nosotros de esta verdad, que no dudaremos sostener que entretanto que nuestros labradores se abstienen en descuidar esta fuente de riquezas territoriales, mientras miran con indiferencia la cría de animales domésticos y no se determinen á imitar el ejemplo de las demás naciones, proporcionándose por medio de pastos los recursos de que necesitan para aumentarlos, nuestra agricultura será mezquina, y jamás se la podrá poner en paralelo con las demás de Europa. En vano nos habrá privilegiado la naturaleza con un clima de los mas favorables, con un suelo fértil y susceptible de toda especie de producciones, y con la abundancia de arroyos y rios que por todas partes llevan la humedad y la vida de los vegetales: todo esto será en vano y todos nuestros afares serán perdidos si, como lo he dicho, repitiéndolo en cuantas ocasiones se me presenten, no aumentamos con el establecimiento de pastos, los medios de mantener nuestras tierras en un estado constante de fertilidad y abundancia de los sucos alimenticios de las plantas que les queremos confiar. «No es el que ara siempre, como ha dicho el célebre Arthur Young, el labrador mas rico, sino el que siembra pastos.» Es inútil insistir sobre este hecho; basta comparar los países de pastos con los que se destinan al producto de granos. Falta en estos los abonos, mientras que en aquellos se hallan en abundancia

y las tierras se mejoran aumentando su fertilidad que es la base de riqueza.

Importa pues dirigir á este objeto una especial atención. No se puede observar sin el mayor dolor la multitud de tierras, baldíos, terrenos riberianos y bancarrales que tenemos enteramente abandonados, y pudiera destinarse con tantas ventajas á este cultivo. Los trabajos de nuestros botánicos y agrónomos nos han demostrado que tenemos para establecerlo una preciosa serie de vegetales. Quizá ninguna nación poseerá, como la nuestra, sin contar la multitud de especies exóticas aclimatadas, y solo entre las que se crían espontánea y abundantemente en nuestro suelo, mas de 450 plantas propias para el pasto de los bueyes; de 582 para el de cabras; de 518 para el de ovejas; de 407 para el de caballos, y de 165 para el de cordes (2).

El sistema de la ganadería aislada, continuando entre nosotros por la mas bárbara rutina, es la segunda causa poderosa del atraso de esta industria. Su unión íntima con la labranza es la mejor base para la prosperidad de entrambas. A ella debe Galicia principalmente la solidez de sus recursos, y nuestros mas ricos y prósperos labradores su rápida capitalización. Los excesivos privilegios concedidos á la cabaña Real y ganadería trashumante sin hacer la prosperidad de este ramo, han producido constantemente los mayores estragos en nuestra agricultura; porque los ganaderos de oficio, como observa el Sr. de Arias, no encontrando tierra que les baste para apacentar sus ganados, atropellan las sementeras, los rastrojos, las viñas y las haciendas todas; poco satisfecha su insaciable ansia de pastos con los inmensos baldíos (que ascienden á mas de las dos terceras partes de los terrenos del Reino) destruyen los árboles, se oponen á los rompimientos é inutilizan en un todo los avances del cultivo.

Es tambien un craso error en fin pensar que sin estas tan extensas cabañas no se aseguraria nuestra provision de carnes. La Francia, la Inglaterra, la Holanda y otras muchas naciones son otros tantos ejemplares prácticos de lo contrario. La extraordinaria poblacion de esta última especialmente, con proporcion á su escaso territorio excluye necesariamente la posibilidad de este sistema; y sin embargo en el año 1806 poseia este pequeño reino 243,000 caballos; 76,000 cabezas de ganado vacuno; 1,000,000 de lanar; 12,000 cabras; 489,000 cerdos; cerca de 3,000,000 de aves; y un número tan prodigioso de colmenas que en el departamento del Bravante habia 20,000 (3). Al paso que en España, como observa muy bien el Sr. de Quinto, á pesar de nuestras inmensas cabañas no faltan provincias que tienen que abastecerse del extranjero; y si se exceptúan las grandes poblaciones, las capitales de provincia por ejemplo, ni se conoce la manteca, ni se encuentra leche durante todo el año, ni las carnes son otra cosa que las reses mas flacas y desfollecidas que son las que se matan de preferencia.

ORIGEN DE LOS VEGETALES.

El Albaricoque procede de la Armenia (Asia).—El ajo de Occidente.—Las almendras de la Mauritania (Africa del norte).—El anís de Egipto.—La alcachofa de Sicilia y Andalucía.—El espárrago de Asia.—El aster ó reina Margarita de la China.—El café, de la Arabia y de las Antillas.—El cacao de Méjico.—La capuchina de Méjico y del Perú.—La chirivía, de Francia.—El perifollo, de Italia.—Las cerezas del Ponto (Asia menor).—El repollo del Norte.—La castaña, de Lidia, (Asia menor).—La coliflor de Chi-

(2) Véase el catálogo en las lecciones de agricultura de Sr. de Arias, tom. 2, pág. 365.

(3) Quinto, curso de agricultura práctica tom. 2, pág. 231.

(1) Curso de agricultura, tom. 1, pág. 516.

pre (Isla del Mediterráneo).—La lombarda y el breton, de los Romanos que les habian importado de Egipto.—El limon, de la Media (Asia).—Las calabazas, de Astracan (Rusia).—El membrillo del Asia.—El cohombro, de España.—El berro, de la isla de Creta, hoy Candia.—La escaiónica de Ascalon, ciudad de Siria, (Asia).—La espinaca, del Asia menor.—La higuera, de la Mesopotamia (Asia).—El hinojo, de las islas Canarias.—El trigo, de Asia.—El elavo, de las islas Molucas.—La granada, de Asia.—La aluvia de la India (Asia).—El jazmin, de la India.—La lechuga de la isla de Cos.—El laurel, de la isla de Creta.—Las lentejas, de Francia.—La azucena de Siria.—El castaño de indias, de la India.—El melon, de Oriente ó del Africa.—El narciso, de Italia.—Los nabos, de Francia.—las avellanas, del Ponto.—La nuez, de Asia.—El clavel, de Italia.—Las cebollas, de Egipto.—Las aceitunas, de Grecia.—Las naranjas, de la India ó de Tiro (Asia).—El alvérbiga, de Persia.—El perejil, de Egipto ó de Cerdeña.—La manzana, de Normandia.—La patata, del Brasil (América).—El peral, de Francia.—La ciruela de Siria.—La uva, de Asia.—El arroz, de Etiopía (Asia).—El rábano silvestre de la China.—El trigo morisco de Asia.—El centeno, de la Siberia, (Rusia).—El sauco, de Persia.—El tabaco, de América.—El thé, de la China y del Japon.—La cotufa ó helieno, de América; y en fin el tulipan, de Capadocia (Asia).

ARTE DE LLAMAR A LAS PUERTAS EN INGLATERRA.

En Londres son muy raras las puertas cocheras, y las que hay permanecen cerradas como todas las demas. El modo de llamar á las puertas de las casas, demarca la cualidad del que se presenta. Dar un golpe menos sería degradarse, darle de mas una usurpacion, una insolencia. Un solo golpe anuncia el *lechero*, (milkman) el carbonero, un criado de la casa, un pobre; significa, *yo quisiera entrar*. Dos golpes indican el cartero, uno que lleva targetas de visita, cartas de convite, ó cualquiera otro mensaje: da á entender que tiene prisa, que trae asuntos; y significa *es preciso que yo entre*. Tres golpes anuncian el amo ó ama de la casa ó personas que la frecuentan. Dice con tono imperativo: *abrid*. Cuatro golpes bien dados, indican un sugeto de buen tono aunque inferior á la nobleza, y que llega en carruaje, significa: *quiero entrar*. Los cuatro golpes repetidos dos veces en estilo verdaderamente *staccato* y seco, anuncian milord, miladi, un Nabad de Arcod, un príncipe ruso, un baron aleman, ó algun otro personaje extraordinario. Es como si dijese *os hago mucha honor en venir á vuestra casa*.

Estos métodos estrepitosos de llamar, que en inglés llaman *tronar á la puerta* (doorthundering) son de una práctica universal en Londres por incómodas que á veces sean. El criado que diese un golpe menos de los pertenecientes al rango de su amo sería inmediatamente despedido. Este es un modo de *hacer ruido* como otros muchos que se usan en el mundo... En cuanto á la tranquilidad pública que se componga como pueda.

PROVERBIOS PERSAS (poco conocidos).

La ignorancia es un rocín que hace tropezar á cada paso á quien le monta, y pone en ridículo á quien le conduce.

El que aumenta su experiencia aumenta su talento: quien aumenta su credulidad aumenta sus errores.

El que no enseña una profesion á su hijo, es lo mismo que si le enseñase la de ratero.

El hambre es una nube que espide una lluvia de ciencia y elocuencia; la saciedad es otra nube que solo hueve ignorancia y groseria.

Cuando el vientre esta vacío, el cuerpo se vuelve espíritu; cuando está repleto, el espíritu se vuelve cuerpo.

Temed que os teman.

Nunca os quejeis de tres hombres á la vez, que podría suceder que uno de ellos se hiciese parte, y los otros dos testigos.

AVENTURA NOCTURNA.

Las dos de la noche marcaba un reloj.

El triar sereno cantaba; « Las dos — Velaba las calles opaco vapor. De nuevo agorera resuena la voz con eco punzante: « Lloviendo y las dos. » Cala á torrentes el agua; un farol en lóbrega calle su incierto fulgor despide; la sombra de unulto bañó. Sus pasos fugaces el sordo rumor que el roce formaba del brusco ropon, la lluvia cayendo, y aquel resplandor que causa pavora del triste farol, espectros sus sombras fantásticas son.

Un lio de cuerdas sacra el hombron. Elaslema.— Dos veces un arma sonó, Gruñan los lierros, un cuerpo ondeó al aire. Trepaban á oscuro balcon. Despues una lima rozaba; su son tristísimo heria con eco de horror. Un vidrio se quiebra, la lima paró; rechina la aldaba; con gozo feroz el hombre sus dientes tambien rechinó. Abierto tenia el alto balcon. Cuando él penetraba el viento apagó la luz mortecina de yerto farol

..... La pieza es tinieblas; de pronto un fulgor escaso aparece; se aclara; osciló un rayo de fuego; temblaba el latron. Despues una sombra fugaz se movió, fantástica, bella, un sueño de amor: Mela él una jóven se lanza veloz; al sang le estrecha; un ¡ay! de pavor siguióse al abrazo, la luz se apagó. Volaba el mendigo bajando la voz

« Sus brazos cadenas me son. Voto á brios. Pardiez la rapaza buscó á su amador. » Luchaba aunque en vano; jamás consiguió desasir sus brazos; no nombre se oyó decir, y un silbido. Pasado rumor despues en la calle. La cuerda crujió... Trepaban... « Maldita, primero soy yo. » Un hierro relumbra; un cuerpo cayo; un charco de sangre el cuarto inundó.

..... El otro embocado saltará al balcon. « ¡Que miro!... Está abierto: Julia, sí, su voz escuché... mi Julia... » Violento turbion con la helada lluvia su rostro azotó. Mirando á lo oscuro sentia pavor. A fuer de atrevido entéera. Cubrió sus pies algo frio. Tropieza, cayó. Un grito, uno solo de rabia lanzó. De dentro gritaron á un tiempo... « Ladron » El bulto temiendo de inmenso grandor se asoma, maldice, saltó del balcon. ¡Jesus y mil veces que trueno que dió!

..... Un reo de muerte anuncia el pregon: inmenso gentío la plaza ocupó; relumbra los sables, se escucha el clamo del agonizante que grita « perdon. » El reo camina; ni el bozo cubrió su lallo entreabierto que implora á su Dios. Retumba el tablado; un gromo crujió: un grito espantoso que la gente dió anuncia que ha muerto. Organte un hombron sonrie al verdugo con gesto feroz. « Así pasa el mundo yo la hice, el pagó. » Dijo, y se perdiera en la confusion.

G. J. G. Román y Ladrón